

Creació Literària

ROSA MARÍA VILARROIG COLOMÉ*

Eloísa, «muere por hablar»

Quizá hubiera sido mejor cerrar la boca, la mandíbula, los dientes,
cercar la lengua,
encanillarla cual persiana muy recogida hacia atrás, hacia abajo, hacia nunca
y no volver a desplegarla, ¡así te maten! Pero eso en ella era imposible.

Apenas un anuncio de violencia,
de hecho o situación escalofriante en la cotidianidad
de su género le hacia exclamar un obvio «válgame», un estallido después,
para relucir en palabras innegociables que a los demás paralizaban.

Por eso, en esta finita ocasión, cuando el cuchillo derivó en su garganta,
Eloísa, «muere por hablar» fue de cierto un aforismo; no un mito.
Fue más que crimen anunciado,
un suicidio.

Siempre supo de su disposición, de su repudio al silencio cómplice...
«Han atropellado mi pecho las vivencias. Mi seno ultrajado.
Mis entrañas esgrimen la palabra basta.
Trepidantes ríos de sangre brotan de mi garganta»

Y salió por su boca, el No y Sí de la comunicación de René Spitz.
Había leído un año antes aquel libro, y no entendía mientras mascullaba
cómo podía recordar tan claramente el significado de la expresión emocional,
el grito, la inervación muscular, pero, sobre todo, restallaba en su sien,
cual canto estereotipado «la alteración del mundo exterior no es por así decirlo,
alivio interior».

Más tarde quizá lo entendiera, pero no gozaba de tiempo y sintió el desamparo.
Recordó a su madre y a ella misma, bebé,
en aquella foto del álbum familiar,
recién nacida para la comunicación, en un proceso de descarga, de comienzo,
de historia por estrenar a las formas del mundo y a la relaciones.
Y recordó el alivio de su grito, aquel movimiento oscilatorio de su cuerpo

que adivinaba espontáneo a la luz de la infancia,
 pero aquello ahora, «ahorita» mismo,
 era inverosímil, como decía Tata, aplicándolo siempre a cualquier situación
 que no fuera creíble, y recordó a Bruehler de memoria, en aquellos momentos,
 ¡válgame!,

de memoria: «La conducta es segregada del conjunto de movimientos
 desorganizados del recién nacido mediante la conservación de movimientos
 específicos exitosos y la eliminación de los no exitosos».

Pero esta vez quedó suspensa, sí... muda, desorbitada en sus pupilas,
 reflejo sin control, no
 sometido a la de la voluntad del otro,
 acción refleja y arcaica no prevista por el poderoso agresor.

Por primera vez en su vida consciente, y con el cuchillo en la garganta,
 con el pulso en la

garganta, con el corazón aterrorizado en la garganta,
 comenzó a chupar su pulgar, regresión o displacer,
 niña frustrada, y después hozó cuanto supo,
 cuanto quedará impreso en su sistema,
 hozó en la búsqueda de la orientación oral,
 quería aprehender la fuente de dolor, el maldito
 corte hiriente que menguaba su garganta.

Y mordió la mano opresora con alarido intencional
 con su boca dotada de significado, con su semántica elaborada de sangre,
 hasta alcanzar el plasma su nivel más primitivo,
 hasta romper en sangre extenuada,
 que es más que sangre corriente. Mordió escrutando su propia muerte,
 su propio desvío,
 pues el otro, el bien amado, la tenía reclusa bajo la dinastía del acero,
 bajo la presión de una denuncia prohibida,
 que más que ciudad prohibida es continente o suma
 de continentes prohibidos e indescifrables donde Eloíisas mueren cada día,
 bajo el imperio del
 objeto libidinal o estigma avezado indestructible,
 o simplemente bajo la impotencia de su asesino.

Pero esta vez quedó suspensa,
 nada podía contra ella,
 ni le temía ya ni era dependiente de la mano enjaezada de acre,
 ni se identificaba con su gesto como tantas veces,
 porque imparable su cuerpo se alejaba.

Y murmuró irrumpiendo ante el violento hurto de su existencia:
 «La que de su temor e ignorancia despierta, sobrevive para siempre»

Y en su dolor terebrante, dolor pulsátil, opresivo, lancinante,
supo ver porqué aquel dolor innumerable le recordó el campo a medio trillar,
los mantones de aceituna, el olor a heno y escarcha,
espigas verdes de trigo, desgranadas en sus manos cuando niña,
recordó su sorpresa
ante los garbanzos verdes sacados de su pericarpio,
las habas verdes que los grajos comían,
almendras sin majar, drupas, rosas párvulas, acidez de las cebollas,
tronchitos parvos de hinojo y cardos de dolor, las mujeres
trabajando en el sembrado y llevando su carga de leña hacia la casa
y recordó a V. Woolf
«La escritora ha dejado de ser una resentida, ha dejado de sentir rabia,
ha dejado de suplicar y protestar a medida que escribe».

Y asomó por sus pupilas, como en una película de Walt Disney
la mosca del vinagre, drosófila mosca del vinagre
cuyo genoma posee las mismas características comunes que los humanos,
genoma dilación haploide, cromosomas de un organismo doble helicoidal de la
molécula del ADN.
Carne genética, carne genética, carne genética,
y retuvo en sus ojos maclas de sangre,
alfabeto de sucesivas visiones de sangre,
murallas de sangre de ADN de mujeres como ella
conformadas en un profundo pozo,
antinatural pozo de historia,
«Se puede cocinar al vapor y macerar una vinagreta
con cebollino para servir con ensalada»
y sintió que su silueta recortada y herida
se sumergía en la luz, perseguía la luz arremolinada en ella,
y soñó que se moría,
mientras, él, su asesino, quedaba impune a la libre circulación y uso para seguir
matando, para seguir seduciendo muchachas a tenor de lo dispuesto
por la impotencia e injusticia.